

Juan Francisco Donoso Game

*Lloré en la quinta
de Bolívar*



Corporación Editora
"Manuel Andes"

*Llore en la quinta
de Bolívar*

Lloré en la quinta de Bolívar

¿La quinta de Bolívar?, es como se debe averiguar en Santa Marta -cordial puerto colombiano- para llegar a San Pedro de Alejandrino. El angosto camino, zigzaguea hermosos parajes, para pronto llevar al destino del curioso. En expectante media hora, el alquilado vehículo, cruza la regia puerta de la mansión campestre al borde mismo de las grandes lomas. El interés crece. El corazón quedamente martillea. El coche calla su motor. Nadie pretende romper el silencio. Allí el Libertador de seis naciones, pasó sus últimos días terrenales, previo al salto al infinito del día 17 de diciembre de 1830.

La famosa casa construida en el siglo XVII, es hoy un visitado museo del Estado colombiano. Cuando en ella Simón Bolívar cerró los ojos para siempre, era de propiedad -ironías de la vida- del español don Joaquín de Mier y Benítez. Cultivaba

Juan Francisco Donoso Game

el asturiano en su fundo caña de azúcar para los trapiches, cocos para las nogadas y algo más de todo lo que suelen dar los árboles frutales del huerto doméstico. Hoy, nada de eso. ¿Para qué? Si es museo obligado a mejores frutos: guardar y preservar la tierna presencia de un inmortal. ¡Eureka! Que permanezca igual, como antaño, en sus construcciones y mobiliario en homenaje al más grande idealista americano. Y así está. Con gran respeto. Intocado lo de ayer, admirado hoy. Menos algo. Las paredes de adobón y calicanto, blancas hace 177 años, ahora -so pretexto de que debe haber más contraste con la verde arboleda circundante- lucen recubiertas de un ingrato color; como ingrata la decisión de quien ordenó semejantes feísimos e irrespetuosos matices amarillo albardón.

Ya estamos allí. Advertimos que hasta en la caliente-sabana llegan brisas marinas. A la entrada, gigantesco en su follaje y de raíces visibles, un gran nogal acoge en sus sombras al visitante. Allá la casa. Acá las pesebreras. Al fondo el viejo trapiche. De seguro que Bolívar, cuando le bajaron en andas del carruaje, recibiría en olores los recuerdos de su ingenio San Mateo en el lejano Caracas. Suspiraría. Año-raría. Las moliendas siempre endulzan de melaza los aires, impregnando gratos recuerdos. Más

Lleré en la quinta de Bolívar

aún si al corazón se muestra la vieja hacienda familiar donde huérfano de tres y luego de nueve años correteó travesuras. O donde, por escasos ocho meses, acunó su único amor comprometido: el de su esposa María Teresa Toro. Jovencita que partió de España para morir en América.

Entre mangos y guayabos se llega a la solariega casa. De un solo piso. Sencilla. Fresca. Cicatera en ventanas. El techo, de maderas rancias y tejados pardos. En la puerta de entrada, un enmohecido e infructuoso candado, advierte no siempre libre el paso. Dentro, el oratorio con Jesús crucificado como único dueño del aposento, y, más grande, la sala de estar que en su pobreza tiene como propia una banca antigua y prestados -no se sabe desde cuando- un tricolor desteñido, el óleo del padre de Bolívar donjuán Vicente y, a la entrada del mismísimo dormitorio, escrito el último deseo del gran venezolano antes del deceso:

Colombianos:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos

Juan Francisco Donoso Game

abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mi último deseo. No aspiro otra gloria que la consolidación de la gran Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión; los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

El fresco dormitorio impresiona por su sencillez y el escaso mobiliario. Impacta. Alecciona. Se conserva igual. Sencillo Cumpliendo el mudo papel de espectador, del postrer suspiro del Libertador. En el centro la pequeña cama con colchón de ceibo que acostó en sus tablas el reducido 1,60 de su diezmado cuerpo. En los cuatro parantes del catre penden amarillentos mosquiteros. El velador con

Lloré en la quinta de Bolívar

candelabro, la cómoda de caoba y la poltrona forrada de terciopelo rojo, hacen escolta. Por el enladrillado suelo yace blanca salivadera, receptora de sus verdosos escupitajos (Cómo se salvaría el artillugio, ya que corrió el chisme: *Ropas, cobijas y colchones deben ser quemados y enterradas las cucharas, porque el hombre tiene tuberculosis, sífilis y tisis pulmonar.*

En la pared, el reloj octogonal de números romanos, que detuvo su tictac con el último aliento de Bolívar a la una y siete de la tarde, gracias a la espada temblorosa del coronel Mariano Montilla, que con otros fieles, al pie del lecho, auparon lágrimas de despedida.

En el cuarto contiguo bañera de mármol, palan-gana lava manos y bacinilla, sirvieron para el aseo y necesidades del venezolano. Junto a la ventana colindante al patio interior y que permite observar los picos blancos de la Sierra Nevada, una hamaca de piolas de pencas, confidente de sus últimos vaivenes de memorias y de sus pedregosos sonidos con olores fétidos. Atrás, en el cuarto donde antes pernoctó su escolta de granaderos -hoy parte del museo- trabajado en mármol de Carrara, el gran Simón de cuerpo entero, tendido y muy bien uniformado. Escultura a escala que revive su pequeña talla y la enorme cabeza, gigante en ideas y rea-

Juan Francisco Donoso Game

lizaciones. En las paredes: fotografías, facsímiles, sellos, armas, charreteras y tantos y más recuerdos, advierten que todo muro es bueno para presentar evocaciones de semejante hombre.

Afuera, en los vastos jardines, portando en la diestra un abierto documento y en la siniestra su gorro militar. Bolívar, de pie hace reconocida presencia en hermosa escultura de mármol pálido. Para llegar a él, se debe cruzar empedrado sendero custodiado por enhiestas palmeras. Más allá -desentonando un tanto por su modernidad-, el museo propiamente tal, con todo lo que el visitante exige de recuerdos y presencias de semejante prohombre.



Aquí pasó sus últimos días don Simón Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios. Pocas horas -y eso también en los primeros días de su estadía de diez- salió a tomar el sol en los jardines. El resto retrepado en el catre, recostado en la hamaca o sentado quijada al pecho, despierto o dormido, pero siempre enancando viejos sueños.

En el mes de julio cumplió cuarenta y siete años. Sus rizos negroides se han tornado cenizas. No sólo ha bajado a setenta y cinco libras su peso, sino que se ha achicado por la muy prematura decrepitud.

Lleré en la quinta de Bolívar

Contrario a la ciencia de los médicos, él se diagnostica y "cura" con su *La médecine a votre manière*, de Donostierre. Señala: -*No creer en los médicos por ser traficantes del dolor ni en los curanderos, espiritistas de vereda.*

El otrora está acabado. Infusión de amapolas con goma arábica para el estomago y para la bilis chocolate espeso que más parece engrudo perfumado, le prepara su alerta y único paje-mayordomo José Palacios; esclavo manumitido y asistente impostergable desde la hacienda de sus padres, y que luego morirá alcohólico limosnando un duro para llenar su cuerpo de otro trago.

Desde que montado en prestada mula pelona que le impedía solemnidad en vez de su famoso 'Palomo Blanco', se apeó en el puerto de Honda para surcar el río Magdalena, dejó sus antiparras. Ya no quiso volver a leer nunca más... Don Simón, confabulado de amistad con sus libros, se hacía acompañar por cientos de ellos; pues siempre se dio tiempo para leerlos bajo cualquier candil y bajo cualquier circunstancia. Estos silenciosos y encuadernados amigos fueron parte de su sabiduría y visión, ya que desde muchacho leía todo lo que a sus manos caía. Hoy, en ésta dura expatriación, hasta ellos entraron en el grupo de los ingratos.



No quise visitar al edificio-museo. ¿Para qué? Con la devoción que le profeso al inmortal caraqueño de todos los tiempos, preferí retornar solo a los aposentos y reencontrarme con sus triunfos y sus penas, sus victorias y fracasos, sus amores y desdichas y sentirlo una vez más -y en esta ocasión como nunca- al mejor hombre que ha dado América. Su dormitorio me habló. Su cama me habló. Su asiento me habló. Su candelabro me habló. Su hamaca me habló. ¡Sí! Los jardines también. Todo lo que el Libertador pudo ver y tocar, hablaron; porque en ellos, y en diez días, repasó su maravillosa y azarosa vida.



Cuando se apea de la berlina alada por un trotón del señor Mier, es ayudado a que no caiga de su osamenta la cobija paramera preservadora del calofrío. Pisando suelo, con el desorden de la muerte, se endereza y mira a sus acompañantes con ojos inquisitivos. Quiere ver si ya se entremetió entre ellos el perfil acechante de la parca, que le viene persiguiendo desde siempre.

Comienzan sus recuerdos de ayer como que fuera ahora...



El añoso muelle del embarcadero de la Honda, aguanta crujiendo al gentío desquiciado, reunido para la despedida. Simón Bolívar, lerdo para trepar a bordo, necesita apoyos en ese viaje sin fin a ninguna parte. Presentes unos por amistad. Otros cumpliendo órdenes. Muchos por curiosidad. Y no faltarían "esos" que llegaron para estar seguros que en verdad se iba... Se despide con frases amables de todos y de cada uno, sin saber qué decirles...

Entre aplausos y vivas, trepa al champán que desde temprano se bambolea anclado en las amarillas aguas del Magdalena. Lo hace triste. Desengañado. Decepcionado. Cargado de despecho. No son ni quince días que le despidieron de Bogotá, gritándole "longanizo", cotejándole con pintoresco retardado que en sus harapos lleva cosidas un par de charreteras y corretea su locura en las calles bogotanas, con una espada de palo.

Previamente Bolívar ha renunciado ante el Congreso colombiano, el mando que se le había otorgado. Hoy va desterrado. Expatriado. Emigrante. Proscrito. Huyendo de los suyos dizque a Europa. Con el pie en el estribo de la nueva aventura, acertó: —*No necesitan un presidente sino un domador de in-*

Juan Francisco Donoso Game

surrecciones. Desamparado, inerme y desmigajado, se lo ve a la hora de los adioses, de la ciudad que libertó.



El pastel grancolombiano se han repartido. Venezuela, bajo el imperio del general José Antonio Páez, que días antes ya proclamó su autonomía. La república de Colombia -ya sin el "gran traidor" como le tildan los ingratos al Libertador- presidida por Joaquín Mosquera, nominado por los demagogos del Congreso. En Bolivia, el general Andrés de Santa Cruz, manda y desmanda con ágrieta voluntad. El general Juan José Flores, Prefecto General del Sur, ha unido Quito con Cuenca y Guayaquil, para crear una república independiente. El Perú a órdenes de una rancia y conflictiva aristocracia, no tiene, por lo pronto, cabeza visible. Dieciséis millones de parias de la independencia, mandados por ambiciosos caciques, que no saben qué hacer con las palabras gobierno y emancipación. España, en lontananza, observa contrariada y sin 'vuelvaluegos' lo que perdió.



Por segunda vez en su vida surca el Magdalena.

Lloré en la quinta de Bolívar

A su paso por Zambrano, Puerto Gual, Mopox, Tenerife y Turbaco antes de llegar a Cartagena, rememora sus luchas como bravo guerrillero. Al mando de doscientos desarrapados y descalzos valientes armados de cualquier modo, sable en mano y apretadas mandíbulas, hizo la guerra del río sin dejar en las riberas ni un monárquico español. Así comenzó la independencia de América gritando ¡Patria o muerte!. Montado en mular o caballo, son ya trece años de su 'Campana Admirable', su 'Guerra a Muerte' y sus primeros pinos para recibir el título de Libertador.



Bolívar -huérfano total antes de los 9 años- recordará su viaje a España a los 15 años para continuar sus estudios. Fue en Madrid que conoció a la joven María Terèsa Rodríguez del Toro y Alaiza, cuando sólo tenía 17 años de edad y ella 20. Aceptó el noviazgo con Simón Bolívar, y contrajeron matrimonio en el Teatrillo del Palacio del Duque de Frías. Luego su viaje a Caracas y su traslado a la 'Casa Grande' del 'Ingenio Bolívar' en San Mateo. Ahí los sufrimientos de María Teresa con el paludismo selvático que la llevó a la tumba. En ese estado de ánimo juró no volver a casarse jamás. Esboza una

Juan Francisco Denoso Game

sonrisa: -Si ella no moría no hubiera existido el Libertador. Su muerte me puso muy temprano en el camino de la política y me hizo seguir el camino de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres.



En buena hora no hay escalones en la casona. No tanto por el rodar que no sería mucho por la liviandad de su cuerpo, sino por la vergüenza que las tropas le vean ayudado en una cosa tan simple para él, como escalar peldaños.

Rumiando la ingratitud de la victoria, arrastra los mismos pies que treparon al Monte Sacro para el gran juramento o al Chimbórazo para escribir su famoso "Delirio" o al boliviano Potosí para abrazar a los argentinos. Siendo como fue tan cuidadoso de su apariencia física, hoy pasa muchos días desgredado. De seguro que tiene miedo de asustarse en el espejo. Su fiel paje le afeita cuando se deja las hirsutas barbas; mas nunca falta el fiel pañuelo empapado de colonia, para cubrir la marchita boca.

Curando los insomnios al vaivén de la hamaca, a veces se lo ve llorar dormido. Tumbado sobrevive horas eternas en el embalse de sudores. Más de uno de los suyos le custodia siempre, por el hueco amigo del ventanal. A ratos en su calenturienta lo-

Lloré en la quinta de Bolívar

cura, cabalga sueños enanos. Uno tras otro se presentan, para reiniciar en donde quedó el anterior como cuando dictaba a varios escribanos, distintas cartas al mismo tiempo. Se despierta. Se endereza. Se encumbra. Le crujen los goznes de la osamenta y le suena el intestino. Afuera los rumores del día dan paso a los susurros de la noche. Desea cambiar de alcoba. Al entablado lecho llega ayudado por José Palacios cuando el sol desaparece, a las mismas horas que cuando rijoso recibía a las amantes entre sábanas. -*Más de treinta pasaron por mi vida, sin contar con algunas pajaritas pasajeras*, le dice a su fiel sirviente y confidente. Este para sus adentros: -*Casi a todas las conozco*.

Al vaivén de la hamaca continúan los recuerdos. Con el huesudo pie para a la hamaca. Se le oye decir. "*Si es él, es Francisco Miranda Rodríguez*". Solo una vez a su secretario O'Leary, le contó apesadumbrado, la relación con el precursor del movimiento de emancipación de Hispanoamérica. Monólogo en donde el irlandés escuchó el profundo arrepentimiento y remordimiento de la traición que tuvo contra Miranda, que por Bolívar y dos más, fue a dar con sus huesos en un pestilente calabozo de La Carraca, en Cádiz; expirando tras cuatro años de encierro sin volver a ver nunca más la bandera

Juan Francisco Donoso Game

tricolor que el gran venezolano inventó para tres países. Sin duda que en el 'Manifiesto de Cartagena', lo escribe con acento de autocritica sobre los graves errores en que incurrieron los hombres de la Primera República de Venezuela, atribuyendo -allí indirectamente a Miranda como cabeza visible- a la debilidad del gobierno, a la impunidad de los delitos, a la mala administración de las rentas públicas, a la falta de conciencia ciudadana para el fiel cumplimiento de los deberes constitucionales y el ejercicio de los derechos, a la ambición de unos pocos y al mal espíritu de partido que todo lo desorganizó.

Constantemente observa sus manos huesudas y sarmentosas, las gira y las vuelve a mirar, casi sin reconocerlas. Pensar que son las mismas que las despedazaron las gemidoras cadenas conque el feroz español ató al indio, el más dulce y manso de la tierra; ellas levantaron la cerviz agobiada al hombre embrutecido por la superstición y la servidumbre y le dieron la aureola cívica, a la faz de la humanidad. Si ellas fueron un día muy fuertes con la espada y la pluma. Con la espada: blandiéndola ejemplarizadora delante de las tropas. Con la pluma y mente lúcida: el juramento de Roma, el manifiesto de Cartagena, el decreto de 'Guerra a Muerte', el manifiesto de Carúpano, la carta de Jamaica, el

Lloré en la quinta de Bolívar.

discurso de Angostura, el mensaje al Congreso de Colombia y más de 5500 cartas es el epistolario de su mente prodigiosa, sus decisiones frontales y su corazón ardiente.

Cuando escucha en los corredores de la casa y en las afuera de la misma, el tintinear de las espuelas y el rosarse de las armas en el trajín de las tropas, recuerda tantos combates con pólvoras, sables, cornetas, ayeés y relinchos. Imposible identificar una a una sus correrías bélicas. Se mezclan. Se juntan. Se insertan. Se barajan. Su brillante memoria se raja. Falla. Trastrabilla, Cómo no le va a fallar el querer recordar, sin mezclas y en sus momentos, si hubieron tantas y tantas. Imposible con nitidez a estas horas de calenturienta mente. ¿Cómo? ¿Cómo? Si el Libertador organizó y dirigió 11 campañas militares, actuó como jefe en 37 combates y participó en más de 460 hechos de armas. ¿Cuándo? ¿Cuándo? Si su montura cabalgó por valles y páramos, por quebradas y riscos, por serranías y litorales, lo que avisa y revela haberse dado dos vueltas el cinturón ecuatorial. A más de ello -conversa con su conciencia- cuánta diferencia entre el Genio que crea y el Guerrero que destruye; entre aquél que da la vida y el que siembra el espanto, la muerte y el exterminio...

Juan Francisco Donoso Game

Amigos contemporáneos: Mariano y Tomas Montilla, Juan y Fernando Rodríguez del Toro, Leandro Palacios, Juan Paz del Castillo, Domingo Ascanio, Manuel de Mator, entre otros.

Amigos de armas: Francisco Miranda, sin embargo que Bolívar era menor con 33 años admiraba al precursor; pese a las indicaciones en contra lo visitó en su residencia de Londres, lo invitó a que participara en la revolución iniciada en Caracas, y lo trató como un amigo de mayor edad y jerarquía.

Antonio José de Sucre, al que le está llorando diariamente sintiéndose un tanto culpable del asesinato por haber dicho a los oídos de los canallas y envidiosos: *-Él es mi remplazo*, firmando así su sentencia.

A Santander lo conoció en los albores de la guerra, considerado por el Libertador como 'el hombre de las leyes' y fue su Vicepresidente Grancolombiano.... y su gran amigo, ¡Sí!... antes de que le falle.

Santiago Mariño, quien algunos consideran que parte de la fama y prestigio histórico que ostenta Bolívar se debe al fiel trabajo de Mariño, quien propició diversas victorias y gestas de la independencia. El Libertador hasta su muerte no supo que con los primeros síntomas de separación de la Gran Colombia, Mariño se pasó al lado de Páez.

Lloré en la quinta de Bolívar

Manuel Piar, gran amigo al que le llora su falla al ser uno de los invasores del territorio venezolano, obligándose a ordenar su arresto por desertión, insubordinación y de emprender una guerra de castas. Sometido a consejo de guerra fue fusilado.

José Francisco Bermúdez, su fiel aliado de ideales, armas y de lucha, (moriría asesinado en Cumaná, al año de muerto el Libertador).

Juan Bautista Arismendi, amigo, de grandes principios: tomada como rehén su esposa con el fin de presionarlo, el jefe realista le propone canjear a prisioneros por su esposa, rechaza y le manda a decir: *-Diga al jefe español que sin patria no quiero esposa*.

Rafael Urdaneta, el más fiel amigo de Bolívar. (La integridad moral de Urdaneta llegó al punto de que al morir, a pesar de que como él mismo decía, dejaba como testamento una viuda y once hijos en la mayor miseria; pidió a uno de sus hijos que le acompañaba que devolviera al Tesoro Público los viáticos que no habría de utilizar, si fallecía antes de concluir el viaje).

De todos ellos algunos ya se han ido y seguro que ya lo estarán esperando...

Otros, aquí mismo en San Pedro Alejandrino, haciendo triste antesala sabedores que se acerca el lamentable final aliento:

Juan Francisco Donoso Game

Daniel O'Leary, más que su edecán, secretario y confidente fue su gran amigo; al primero de sus nueve hijos le puso el nombre de Simón Bolívar O'Leary Soublette.

Belford Wilson, edecán desde Junín a quien el Libertador le otorgó una amistad fomentada con continua correspondencia epistolar hasta con asuntos personales, de esos que un hombre sólo confía a "su grande amigo", como Bolívar se complacía en llamar a Sir-Robert Wilson.

El leal José Laurencio Silva, general de cincuenta acciones de guerra con quince heridas graves y una enredadera de cicatrices en su cuerpo:

Andrés Ibarra, el querido sobrino que resultó herido al actuar en su defensa el 25 de septiembre de 1828 en Bogotá, cuando le quisieron asesinar a Bolívar; amistad contagiada a Manuela Sáenz, otra "salvadora" en la noche septembrina.

Próspero Réverénd, médico francés que desde Cartagena está fiel y solícito en su cabecera.

Fernanda Barriga, cocinera del Chota, amiga íntima de su quisquilloso paladar, conocida como La Negra, mas el Libertador que la quería mucho para despertar su rabia, se refería a ella como: 'Fernanda Séptima', recordándole al rey español.

Lloré en la quinta de Bolívar

José Palacios, mayordomo de toda la vida con fidelidad de perro; a quien le preguntó: -¿Qué será de Simón Rodríguez?- su amigo, su maestro y mentor de inquietudes e ideas reformadoras. -¿Dónde estará?, ya que siempre decía: "No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar y no se mueven, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que marcha sin cesar."

De enemigos -a los hombres se les conoce también por la cantidad y calidad de enemigos-, a Manuela siempre le regañó reído ya que ella con sus originalidades puso -injustamente y por aquello los regaños fueron con sonrisas- los nombres de los enemigos a los ocho perros que le acompañaban siempre, ya que Bolívar, como Pedro el Grande, afirmaba: -Cuando más conozco a los hombre más le quiero a mi perro, y que su 'adorada loca' poco favor les hacía a los nobles canes...



En su juventud, todo aquello que amó lo abandonó: primero su padre cuando tenía 3 años, su madre a los 9 años, su abuelo al año siguiente, y su esposa con siete meses de matrimonio. Por esa infancia tan carente de afectos, tenía necesidad de amar y ser amado, admirado, de seducir, de recibir, de flirtear, y eso le llevaría a buscar nuevas experiencias; de

Juan Francisco Donoso Game

allí que una de sus debilidades fueron las mujeres. En su travesía viril o de gran activo sexual, de unas se acuerda más que de otras:

La prima parisina Fanny du Villars, entusiasta sin reservas a espaldas de su viejo y cornudo marido, y más aún después de su viudez.

Josefina 'Pepita' Machado, la conflictiva amante caraqueña que duró como pocas -seis años- y en diferentes camas y amor náutico entre bergantines y goletas.

Anita Lenot, la que le "demoró" más de la cuenta a este 'comandante en campaña' a su paso por Tenerife.

Julia Cobier, la señora que encontró en la isla jamaicana; ella se le entregó con ternura y él en su amor rescató su voluntad de vivir.

Reyna María Luisa, la mulata de San Juan de Payara que se le entregó por miedo después de amansarla, pues era virgen, sin sacarse ni las botas ni las espuelas.

Josefa Sagrario, la momposina de alcurnia, con mucho dinero y que llegó por primera vez a su lecho disfrazada de franciscano.

Miranda Lyndsay, que le salvó de que le mate en Kingston el traicionero negro Pío, conchabado para el asesinato desde Venezuela.

Lloré en la quinta de Bolívar

Manuelita Madroño, la mestiza cerrera de 17 años que mistificó sus insomnios en el alto Perú.

Francisca Zubiaga de Gamarra, brava mujer de armas, esposa de un mariscal que luego sería Presidente peruano.

Jeannette Hart, la novia norteamericana que no se entendían hablando cada uno sus idiomas, pero sí en el único en la cama.

Delfina Guardiola, la bella de Angostura que le rechazó hasta que entró por la ventana de su casa y se quedó con ella tres días por ser la primera vez.

La melindrosa Bernardina Ibáñez, guapísima ocañera debajo de sábanas y debajo de ponchos.

La Joaquina Garaicoa, guayaquileña escogida entre cuatro hermanas guapas y patriotas, le llamaba 'La Gloriosa', seguramente por tía de Abdón Calderón.

Y la otra. La preferida. La Manuela Sáenz. La dueña y señora de los cuarteles de la libertad y la mayor amante en las camas del gran Simón. Compañera. Confidente. Carnal. Alocada. Astuta. Inteligente. Lectora emotiva. Cuida de los archivos personales. Viste de coronel. Le adora. Ayuda en la intriga política y es brava celosa defensora del prestigio de su hombre y de su vida, hasta ser la "Libertadora del Libertador". La Manuela es la úni-

Juan Francisco Donoso Game

ca mujer digna compañera del genio de América. (Aquella que muerto su adorado Simón, nunca más su ardoroso corazón albergaría otro amor ni otro amante: -En vida le amé, de muerto le veneré).

La última vez juntos, fue antes de la partida. Con ella compartió los últimos aciagos días en 'La Quinta' de la Fucha a las afueras de Bogotá. Acompañando a los dulces y mazapanes, la guapa quiteña de treinta y dos años, le lleva los últimos chismes políticos. Todos coinciden. El porvenir está claro. Se derrumba su embrionaria Gran Colombia. Como antes y nunca más: pláticas de todo y de nada. Paseos. Lecturas. Besos. Caricias. Discusiones, riñas, peleas y hechas "deabuenas". El y ella. Ella y él. Se despedirán sin pronósticos, aunque con lágrimas. Como tantas veces creyendo que volverán a juntarse.

Las últimas noticias de la Sáenz vienen en periódicos y en chismes. Está dedicada a tiempo completo a defender al Libertador. Escoltada por Jonathán y Nathán sus dos negras sirvientas, jinete, pistolas y lanzas en ristre, persigue a los enemigos en las calles bogotanas, reparte en hojas volantes la salvaguardia del gran ausente y escribe en las paredes los mensajes más insultantes, tras borrar los escritos por "los infames".

Lloré en la quinta de Bolívar

La paradoja es que, en la mitificación de los héroes, son válidas todas las versiones: la del devoto esposo, la del amante insaciable y la del Libertador glorioso. Hay para todos los gustos y también para los muchos disgustos. Sin embargo el Libertador dijo: -*Mi único amor siempre ha sido el de la Patria; mi única ambición, su libertad.*



Recuerda con nostalgia y hasta vergüenza a Carmen Calderón en Guayaquil, dama que rechazó sus devaneos de conquistador de faldas, al responderle mirándole a los ojos al gran mujeriego. *Si me proponé para que yo sea la esposa del Libertador, soy muy poca mujer; pero si me propone para que sea su amante, soy demasiada mujer...* El Potosí tiene para mí tres recuerdos: Allí me de baile, y allí tuve un hijo".



El general amaneció muy mal el 10 de diciembre. Urgente llaman a monseñor José María Estévez obispo de Santa Marta, "*para ver si quiere confesarse y le dé los santos óleos*". El sacerdote se encerró con el incurable por catorce minutos. Bolívar no supo quién es el obispo y Estévez nunca sospechó que salió de bendecir a un excomulgado por masón y

Juan Francisco Donoso Game

renegado. Restablece. Se endereza. Tiene aliento. Camina. Sonríe. O las bendiciones le han repuesto o quizás apostó con el canónigo, cuál duraría más tiempo. Tras una carcajada que ratos no se oía: *-El curita es un delegado de Santa Marta, que vino a invitarse a mi entierro.* Sale al fin a los jardines, a compartir con los granaderos. Un momento antes el doctor Révérand le limpió el lagrimal izquierdo que supura sin sosiego. *-Para lo que tengo que ver, con el uno hasta embroma con el galeno.*



Sin la cobija paramera y el desteñido gorro que le cubría hasta las orejas, se muestra buscando 'solcaliente'. Pasea por los jardines sin arrimos ni apoyos. Acude a las caballerizas a presenciar el herraje de los jamelgos. En el trapiche, como antaño en sus haciendas de Venezuela, observa el perezoso girar de los bueyes en la molienda de la caña.

Algún momento sintiéndose que llega su final, le pide al capitán Andrés Ibarra Toro, que lo lleve a morir en Caracas; el sobrino con dolor le recuerda que está impedido de ir a Venezuela por ser proscrito por orden del general José Antonio Páez -lo que no le dice es que ni siquiera su cadáver podrá volver a su tierra natal- ¡Vaya ironía!, desterrado para

Lloré en la quinta de Bolívar

siempre de la tierra que liberó. Nuevamente, con la cansada mirada al infinito, corea: *-Los tres grandes majaderos de la Historia somos el Quijote, Cristo y yo, porque hemos arado en el mar y edificado en el viento.*

Los correos no llegan. Prohibido llevar correspondencia al Libertador. Mas se filtra un día la fatal noticia. Sucre ha sido asesinado el 4 de junio en las selvas de Berruecos. Con brío inusitado para un cuerpo puntiagudo en huesos, más desencajado que antes, de un salto está de pie. *-¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre del Abel americano. Canallas. A la patria le han privado de mi sucesor.*

La muerte del Mariscal de Ayacucho le deprime terriblemente. Las lágrimas fluyen sin suspiros, cuando se derraman por el amigo. Sus ojos derrotados, enjugarán las últimas... Ese día 11 escribe su última carta. Va dirigida ajusto Briceño, y le pide que se reconcilie con Rafael Urdaneta para salvar la Unión de la Gran Colombia.



Esa noche amaneció sin dormir. El poco sueño que le quedaba se le fue con la imagen de Sucre. Tampoco pudo dormir José Palacios. Como siempre, el fiel mayordomo acostado en el suelo, vela las pesadillas de su general. Bolívar vuela en calenturas. Delira.

Juan Francisco Donoso Game

Habla. Desvaría. *Llévame a mi no a él; aquí ya nadie nos quiere y en Caracas nadie me obedece*, repite y repite. Ronca. Carraspea. Tose. Tose. Tose más que nunca. Se sacude. La quinta permanece en estado de alarma. Otro vómito de sangre y bilis, sumado al destape del obstinado estreñimiento, obliga a media noche a mudar sábanas y restregar pisos. Amanece verde en el resplandor del alba y con un genio insoportable. Advierte que detrás del homicidio de su mejor general, está José María Obando y el resto de sus infames adversarios políticos.



Una infusión de aguas de flores de tilo, le calma la tos. Con su lenguaje caribeño, inicia a despoticar de sus enemigos. *"Este truchimán del Casandro -así se refería a Francisco de Paula Santander- es el que manda las conspiraciones desde su destierro en París; estoy seguro que el pendejo de Joaquín Mosquera en Bogotá lo dejará volver al leguleyo". Ese carajo e ignorantón de Páez, tuvo la osadía de prohibir a Sucre entrar a su propia tierra y luego a mí también. El ambicioso y oportunista de Flores debe estar feliz y sonriente con el magnicidio. Andrés de Santa Cruz maneja Bolivia con el cabestro. En el Perú el general La Mar no sabe si es de allí o de allá. En este mundo de las traiciones,*

Lloré en la quinta de Bolívar

cómo no quisiera tener diez años menos y a cualquiera de estos cabros al frente.

Todos le escuchan con atención, pero sin hacer comentarios. Sólo 'Nevado', su fiel sabueso parece comprenderle con sus almendrados ojos, en tanto mueve la decidora cola.



Por la tarde, enrollado en la cobija, se mece en bandazos en la hamaca. Cuando ya parecía que dormía, otra vez el descarnado pie, del más glorioso de América, empuja la pared para que no se pierda el vaivén. A la noche quiere entrarle a los naipes. Nunca tuvo la paciencia de los buenos jugadores: es agresivo y mal perdedor. Juega seis partidas y tira las barajas. *-La pinga. Hoy no es mi día,* y se va para donde el coronel Agustín Iturbide.

El mejicano ya está cantando. Con su tremendo vozarrón invita siempre a la concurrencia. La guitarra es su más fiel compañera. Al rato se escucha la metálica y maluca voz del Libertador, cantando en francés. Como tantas veces, en los vivaques junto con las tropas y alrededor de las hogueras, entona valeses y una que otra estrofa de las polcas. Otras, recita. Se sabe de memoria 'La Marsellesa'. Comparte con los soldados. Por eso y otras más, las tropas

Juan Francisco Donoso Game

le adoran. Lejos están los días en que apostaba a cruzar un torrente llanero con la mano amarrada o corcovearle a pelo a un chúcaro cerrero o matar el hambre del día con cuchilladas de carne seca o dormir con ellos, lejos de cuartos y carpas, amarrando su hamaca en cualquier arboléda.



El 13 de diciembre es día de Santa Lucía. Murga destemplada, entonando notas alegres invita desde lejos a la fiesta. Como en sus buenos tiempos, pide le traigan su mejor uniforme para asistir al jolgorio. Desea lucirlo como cuando triunfador entró a Caracas o cuando estadista de la palabra y la guerra, se presentó al Congreso de Angostura o cuando ya en Quito conoció y bailó a Manuela o en la engalanada investidura imperial en Perú o cuando en un palacete del Rimac, danzó con todas las limeñas presentes, hasta que clareó el día. Insiste. Reclama. Molesto: -¡*Qué pasa!* Luego se acuerda que ya no hay uniformes. Su única tenida es el cebollino pantalón negro y la ajada y hedionda camisa de liencillo.

Por la tarde un soldado bastante alto y bien formado le trajo a la memoria la imagen de San Martín, ese gran argentino con quien dialogó largo en

Lloré en la quinta de Bolívar

Guayaquil. Nunca olvidó lo que el Protector le dijo el momento de despedirse, como especie de donación al cederle el mando de todo lo conquistado y el cargo de gobernante: -*Ahí le dejo la gloria, estimado amigo, que yo ya he aprendido que es una compañera discolpa y traicionera.* Sonrisa burlona es dibujada por sus marchitos labios; cuánta razón hoy más que nunca, si está viviendo en carne propia la casquivana e ingrata gloria...



Cada vez la salud del Libertador va de mal en peor. Del hombre fuerte de antaño, no queda nada. Al verle en semejante estado nadie pensaría que ese encojido cuerpo pudo trepar y cruzar los Andes al frente de una montonera de llaneros descalzos. Derrotar las armas realistas en el puente de Boyacá. Liberar por segunda vez y para siempre a la Nueva Granada. Marchar llanero al viento con su lanza de victorias en jornadas de guerra interminables a independizar su tierra natal. Y por fin, avanzar gritando libertad en los abruptos territorios del sur, cruzando gélidos páramos o malos lodazales hasta llegar a los mismísimos límites con Brasil.

Solo una vez en Pativilca, en la Costa del Perú, estuvo muy enfermo. Débil. Postrado. Presa de ta-

bardillo durante un mes, yacía sentado y arrimado a la pared su descarnado cuerpo casi sin comer, dormir y peor caminar, cuando llegó a visitarle el ministro plenipotenciario de Colombia. Al verle don Joaquín Mosquera en semejante estado y en el límite de sus fuerzas, afirma que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no llorar y sin saber qué decirle le preguntó: ¿y qué piensa hacer ahora?, entonces, Bolívar, dejando a un lado su canija y débil voz, avivando sus ojos huecos y con tono decidido, le contestó: -¡Triunfar! (Pocos momentos en su vida retratan su inquebrantable temperamento, ahora sí, quebrado).

Desde que la salud comenzó a decaer, Fernanda Barriga ya no sabe qué parar en el fogón. La negra cocinera, repite la mazamorra de maíz tierno, plato preferido del general; mas, hasta ese potaje campero, después de dos cucharadas es rechazado. Cierta día, agenciosa prepara un pollo tierno con sazonadoras yerbas del huerto, que tanto reclama el aquejado. Dos hilachas de pechuga fueron para adentro y con el resto del ave, se entretuvo entregándole en pedacitos a Nevado, compañero por más de una década, gruñendo al pie de la puerta o alerta al amo en el tranco de la mula.



La noche del 16 es de espanto. Aúllan lo perros con ecos de montaña y relinchan piafando los caballos. Decenas de ojos están despiertos. El sargento de guardia, hace ronda en búsqueda del ¿qué pasa?. Nada pasa. Solamente la luna está emboscada en negros nubarrones. Un viento silbante presagia desgracias. Los soldados granaderos lo conocen muy bien. Así rechifla el malagüero aire siempre antes de la guerra. Víspera de la batalla. Cuando se enrollan planes y croquis, de seguro que mañana es el infalible día 'D'. Así, cabeceando en sus catres, con el corazón enrollado, presagian, sin ninguna duda, que la fecha fatal ya llegó... Las plegarias fracasaron.

En el dormitorio Bolívar delira. Piden que le canten, su contradanza favorita. Se acuerda de Manuela. Su adorada loca. Se extravía. Desvaría. Habla de la espada de su querido Sucre. De la medalla de oro recibida en Bolivia. Grita: -*Saquénte, saquen a Páez de la habitación que quiere entrar.* En el silencio total, molesto exige que callen las tropas... ¡Pobres tropas: si lejos muy lejos en silencio están llorando! En el pálido resplandor de su mente escucha gritos y trompetas. Habla de jardines y

Juan Francisco Denoso Game

flores. Sonríe. Las hortensias siempre fueron sus flores preferidas. Habla de campanas. En el apergaminado rostro resbalan unas lágrimas. *He arado en el mar, he sembrado en el viento*, dice. Con la mente acaricia sus libros preferido: el de Rousseau y de Cervantes; libracos que de tanto leerlos están ajados y casi destartalados. Ve la cabeza de su tío José Félix Ribas, decapitada por los españoles y exhibida en la jaula amenazadora y grita: Te lo mereces por canalla. El que pasó su vida a caballo, ahora siente botas. Decenas, miles de botas pesadas con sus brillantes espuelas. Y pájaros negros emergen de los lustrosos borceguíes. Las botas cuelgan ahorcadas en árboles gigantes. Las espuelas tintinean sus rodajas. En uno de los desvarios, creyendo estar con sus soldados ordena *¡Vámonos! ¡Vámonos!... Esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vamos muchachos!... Lleven mi equipaje a bordo de la fragata.*



La tropa pasa "lista de siete" en respetuoso silencio. Desganados. Apenados. Pendientes del desenlace, se retiran a matar el día. Saben que el buen jefe agoniza. Las horas pasan interminables.

Lloré en la quinta de Bolívar



Al medio día, el doctor Próspero Réverénd sentado en la cama, le tiene la mano. Le toma el pulso. Inspecciona. Ya no suda. La respiración estertorosa. Fija la cabeza, la quijada caída. Como galeno sabe que se acerca el final. Urgente llama a los generales y edecanes. Todos se juntan al pie de la cama. Silenciosos. Tristes. Pendientes del último suspiro. Desconsolados miran al rostro que se les va. El fiel mayordomo, arrimado a la pared, llora con sus ojos zarcos. Bolívar con el rostro demacrado mira al cielo. Parpadea y se mueven los labios. *Carajos. ¡Cómo voy a salir de este laberinto!*, increpa al viento. Son sus últimas palabras. Los ojos se cierran. No se vuelven a abrir. Se está yendo... Transcurren eternos los segundos. Segundos de silencio y muerte. Se fue. *¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios!*, exclama José Palacios, desde el interior de su pecho, dando nucazos a la pared. Afuera un grito lastimero de rebeldía africana se escucha. Es Fernanda Barriga, que como fiel guaricha, gime: *Se fue mi amo, se fue mi patrón. Ya no cocinaré para nadie más.*

El Libertador ha muerto. Veinte años de guerras inútiles y desengaños del poder se han ido. Al fin el reposo del guerrero. Reposo al cuerpo y repo-

Juan Francisco Donoso Game

so al alma. Al fin se alejó del reino de las traiciones. Al fin al cuártel de invierno eterno. Todos lloran sin consuelo. Afuera, entre ruidos de espuelas, se reza un Padre Nuestro. La pena es muy grande. 'Nevado', sale del cuarto y se va a aullar al monte... El general Montilla, con la punta de la espada, rompe el péndulo del reloj a la una y tres de la tarde. Jamás el tictac volverá a marcar las horas.

José Palacios, sale del cuarto desencajado y llorando a mares y les dice a los trémulos soldados: *¿Se me ¿fue! ¿Se me fue! Desde que mi amo ponía un pie en el suelo, a cualquier hora del día o de la noche, ahí estaba yo... Le ayudaba a calzarse las botas, a quitárselas, guardaba la ropa, preparaba la silla de montar, calentaba el agua, sacaba a Nevado para que el indio Tinjacá lo lleve a hacer sus necesidades... Y ahora ¿qué? Se me fue. Se me fue... Secándose las lágrimas y la nariz con la manga del saco.*

Visten al cadáver. Entre las prendas que traen para ponerle, una ajada y rota camisa es indigna del ilustre fallecido. El doctor Réverénd, molesto, la toma y le tira al suelo exclamando: *-Bolívar, aún cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra, voy a mandar por una de las mías.* Entonces fue cuando trajeron una camisa del general Laurencio Silva. Y pensar que habiendo sido uno de los más ricos

Lloré en la quinta de Bolívar

venezolanos, agotó toda su fortuna por la lucha independentista y ahora... ¡ni una buena camisa de mortaja!

Al otro día con visa a Santa Marta y quizás algún día con otro gobierno a Caracas como era su decisión, sobre un carretón de cansinos bueyes, son depositados los restos mortales envueltos en la vieja cobija paramera, del más grande hombre nacido en tierra americana. El séquito funerario, le sigue.

El dormitorio queda en silencio.

Ahí lloré...

Juan Francisco Donoso Gama